

tan gran pausa, y canta con tanta solemnidad y reverencia esta palabra: *ET HOMO FACTUS EST*, corriendo todo lo que se sigue: que es, *crucifixus etiam pro nobis*, etc.; no porque sea mayor cosa hacerse Dios hombre, que morir en cruz por el hombre (porque esto es mucho mas), sino porque asentado que este soberano Señor tuvo por bien hacerse verdadero y perfecto hombre, no hay por qué extrañar lo que padesció en aquella sagrada humanidad.

Esta admirable union y junta de Dios con nuestra humanidad declara San Leon, papa, diciendo (x) que con tan estrecha liga juntó él estas dos naturalezas, que ni la gloria de la mayor consumiese la naturaleza de la menor, ni la baja de la menor disminuyese la gloria de la mayor. De modo que quedando salva y entera la propiedad y naturaleza destas dos substancias, y juntándose ambas en una sola persona, tuvo por bien de vestirse la majestad de nuestra humildad, y la eternidad de nuestra mortalidad, y la fortaleza de nuestra flaqueza; para que el mismo Señor, como medianero entre Dios y los hombres, obrase todo lo que convenia para nuestro remedio, muriendo por parte de la una naturaleza, y resucitando por la otra. Porque si él no fuera verdadero Dios, no nos pudiera dar remedio; y si no fuera verdadero hombre, no nos diera ejemplo. Esto es de Sant Leon, papa. Pues fundado vos, hermano, en el conocimiento desta verdad, no extrañaréis los dolores y trabajos de la Pasion deste Señor. Pues siendo él verdadero y perfecto hombre, y el mas sancto de los hombres, no habia de carecer (como dijimos) de la mayor honra y dignidad que ellos tuvieron, que fué padecer muerte por la gloria de Dios. Y con la fe desta verdad fácilmente rechazaréis y despediréis de vos todas las saetas y tiros del enemigo.

Mas volviendo al propósito principal de que tratábamos, para que nuestro Señor os haga participante de la consolacion que gozan sus familiares amigos contemplando este misterio, habeis de pedir demas de la fe otra luz y otros ojos para saber mirar este Señor puesto en la Cruz. Porque si estos tuviéredes, luego veréis los tesoros y riquezas de gracia que en él están encerrados. Veréis los fructos suavísimos del árbol de la sancta Cruz. Veréis las conveniencias admirables deste remedio que la sabiduría divina escogió para nuestra salud. Veréis los grandes motivos que ahí tenemos para amar y glorificar este Señor, y desear padecer mil muertes por él; y finalmente otras muchas cosas que no se pueden explicar con pocas palabras.

He pasado, hermano, los términos de lo que pretendia, que era informaros de lo que pertenecia al conocimiento deste misterio, acrecentando esto que sirve para mover la voluntad al agradecimiento deste summo beneficio, y al amor deste clementísimo Redemptor; porque supuesta la fe, esto es lo que hace mas al caso.

C. No puedo dejar de confesar, Maestro, que todo eso que habeis dicho ha sido una música suavísima para los oídos de mi ánima, y esa querria oír todos los dias de mi vida. Porque ¿qué cosa mas dulce para un cristiano, que verse tan preciado y tan amado de un tan grande Dios, que se pusiese á padecer todo eso por librarlo de las penas del infierno, y coronarle de perpetua gloria con los ángeles en el cielo, y atraerlo á su amor y obediencia con tan grande beneficio?

(x) Serm. 1. in Nativ. Domin.

DIALOGO VIII.

En el cual se trata del sanctísimo sacramento del altar.

CATECÚMENO.

Otro misterio muy propio y muy principal de la religion cristiana es el sanctísimo sacramento del altar. Y porque el estado de catecúmeno está deputado para aprender los misterios de la fe que Dios por su bondad me ha infundido, deseo ser informado de lo que pertenece á la doctrina deste divino sacramento.

Maestro. Yo os confieso, hermano, que ninguna materia hay que mas desee tratar que esa, por la gran consolacion que en ello recibo, considerando la grandeza dese beneficio que Dios nos hizo; y ninguna que mas tema tratar, porque eso poco que yo dél concibo, no tengo palabras con que lo pueda declarar; con lo cual padece mi ánima como dolores de parto, porque deseo declarar por palabras lo que siente mi corazon, y sé que no tengo de salir con ello; porque entiendo que así como este beneficio divino es incomprehensible, así es inefable. Y tengo razon para temer que la cortedad y falta de mis palabras sea injuriosa á la dignidad y excelencia dél. Por lo cual entiendo que sería mas acertado reverenciar este misterio con una grande admiracion y silencio, que pretender declarar con palabras humanas lo que ni con lenguas angélicas se podria explicar. Y esto es conforme á lo que Sant Gregorio dice por estas palabras (a): Entónces hablamos con mayor elocuencia las obras de la virtud divina, cuando el espanto dellas enmudece nuestra lengua; y habla mejor el hombre dellas callando lo que no puede bastantemente explicar hablando. Por lo cual dice el Salmista (b): Alabad al Señor segun la muchedumbre de su grandeza. Aquel le alaba desta manera, que confiesa no tener palabras para predicar sus alabanzas. Mas ya que queréis ser informado de la doctrina deste sacramento, la primera cosa que os diré, es que muchos de los fieles están tan firmes y constantes en la fe deste misterio, y tan léjos de dubdar dél, que este les hace creer con mayor alegría y firmeza los otros articulos de nuestra fe. Porque reciben con el uso dél tan grandes bienes y consolaciones en sus ánimas, y tan grande luz en sus entendimientos, y tan grande fuego de amor en sus voluntades, y tan grandes ayudas para toda virtud, que por aquí entienden que no podia ser sino Dios el que ordenó una cosa de tanta eficacia para la sanctificacion y salvacion de las ánimas. Y porque saben que quien esto ordenó es el autor de todos los otros misterios que creemos, de aquí es que la fe certísima deste articulo nos acrecienta la de todos los otros.

Comenzando pues á declarar lo que habemos de creer deste sacramento, decimos que por virtud de las palabras de la consagracion pronunciadas por un sacerdote, la substancia del pan se muda en la del cuerpo de nuestro Salvador, y la del vino en su sangre preciosa. Mas por cuanto así el cuerpo como la sangre no están sin el ánima, y lo uno y lo otro no está sin la divinidad, por tanto, aunque por virtud de las dichas palabras no esté debajo de aquellas especies sacramentales mas que el cuerpo y sangre de Cristo, mas por via de concomitancia está su ánima sanctísima y su divinidad. Esto es lo que estamos obligados á creer deste misterio.

Pues para creer que esto sea así, no se requiere mas que probar que esto pudo hacer Dios, y que lo quiso ha-

(a) Greg. lib. 9. Moral. cap. 10. (b) Psalm. 150.

cer; porque probado el poder y querer divino, cesa toda cuestion. Estas dos cosas os declararé agora, y despues os diré el fin para que fué instituido este summo sacramento.

§. I.

No repugna á la omnipotencia divina este soberano misterio.

Y cuanto á lo primero, que es poder Dios por ministerio del sacerdote hacer esta mudanza susodicha de una substancia en otra, no tenemos mucho que altercar. Porque mayor cosa es hacer algo de nada, que mudar una substancia en otra. Y pues confesamos que Dios crió los cielos, que son tan grandes, junto con la mar y la tierra, de nada, mucho mas podrá hacer una cosa de otra. Asimismo vemos que el pan que cada dia comemos, por virtud del calor natural en breve espacio se muda en nuestra carne; pues ¿qué maravilla es que lo que puede hacer en espacio de dos ó tres dias el calor natural, lo haga en un instante la virtud omnipotente de Dios? Y quen tan fácilmente pudo mudar en las bodas del Evangelio el agua en vino (c), tambien podrá mudar la substancia del pan en la de su sanctísimo cuerpo.

Catecúmeno. Esa conversion y mudanza no me espanta. Mas lo que me espanta es que diciéndose en la misma hora cien mil misas en toda la Iglesia cristiana, asista la presencia de Dios en todas ellas, de tal manera que en el punto que acaba el sacerdote de pronunciar las palabras de la consagracion, obre Dios esa conversion; y esto no por ministerio de ángeles, sino por sí mismo. Porque mirando esto con ojos de carne, parece que es poner á Dios en cuidado de acudir á tantas partes sin faltar un punto.

M. ¡Oh cuán bien dijo Tulio (como arriba alegamos) que es cosa dificultosa apartar el entendimiento del uso de los sentidos, los cuales quieren medir las cosas divinas por las humanas, estando aquella nobilísima naturaleza infinitamente levantada sobre todo lo criado! De donde nace que el mayor impedimento que los hombres tienen para conocer á Dios, es querer medirlo y tantearlo por sí mismos. Pues para que veais que esta asistencia susodicha no pone á Dios en cuidado, ni impide punto de su felicidad, poneros he para la inteligencia desto un ejemplo. Dice Aristóteles y todos los buenos filósofos que el ánima intelectiva que tenemos los hombres, no procede de la materia de que se forma el cuerpo humano; porque este se fabrica de una materia corporal. Mas como esta ánima sea substancia espiritual semejante á los ángeles, no puede ser producida de cosa material, y por eso dicen que viene de fuera. Y acrecienta á esto la fe y religion cristiana, que despues de organizado el cuerpecito del niño en las entrañas de su madre, el Criador de todas las cosas por sí solo cria el ánima, y la infunde en aquel cuerpecito en el mismo punto que se acaba de organizar. Pregúntoos pues agora: ¿qué tan continuo será el oficio de Dios en criar tantas ánimas, y infundirlas en sus cuerpos? Poned los ojos en todo el universo mundo, que es en todo este nuestro hemisferio, y en el que está debajo de nosotros, y en las islas de todos los mares, y finalmente en todas las naciones del mundo; y imaginad ¿cuántas ocasiones habrá de dia y de noche para criar Dios ánimas, y infundirlas en sus cuerpecitos?

C. Esas ¿quién las contará, sino quien puede contar las estrellas del cielo? Y parece por esto que si Dios ha-

(c) Jo ann. 2.

de acudir á todos estos puntos y momentos, ha de estar perpetuamente criando ánimas.

M. Así es como decís. Y con toda esa ocupacion, y otras innumerables que aquí no digo, se compadece aquella beatísima felicidad y tranquilidad de que eternamente goza Dios. Pues si este Señor asiste noche y dia á la formacion de tantos millares de cuerpos, para que en el punto y momento que se acaban de formar infaliblemente crie y infunda las ánimas en ellos; ¿qué maravilla es asistir á todos los altares de la cristiandad, y hacer esta transmutacion (que decimos) en el punto que el sacerdote acaba de consagrar? Si asiste á la formacion de cuantos negrillos y negrillas son concebidos en Etiopia (en que tan poco va) para infundirles las ánimas; ¿cuánto con mayor razon asistirá á la consagracion de su cuerpo para la sanctificacion de nuestra vida?

C. Es tan acomodado ese ejemplo para lo que habeis dicho, y tan fuerte para probar que no es eso imposible á la omnipotencia de Dios, que nadie podrá contradecir á esa razon. Y por eso en cuanto toca á este articulo del poder de Dios, yo me doy por concluido. Tratad agora de la segunda y mas principal parte, que es el querer.

§. II.

Es muy conforme á la voluntad de Dios este misterio para el fin que pretende: que es la reformation y sanctificacion del hombre.

MAESTRO.

Para probar el querer y voluntad de Dios es necesario declarar primero los efectos que este pan de los ángeles obra en las personas que tienen purgado y sano el paladar de sus ánimas. Digo esto, porque para juzgar del sabor de los manjares, es necesaria esta disposicion.

Pues para conocer las virtudes y efectos deste manjar celestial, habemos de poner los ojos en una ánima que esté desta manera dispuesta y purgada. Y así lo están las que toda su aficion, todos sus deseos, todos sus cuidados emplean en agradar á solo Dios, y cumplir su sancta voluntad, diciendo con el Profeta (d): Una sola cosa pedí al Señor, y sola esa buscaré: que es morar en su casa todos los dias de mi vida, y entender su sancta voluntad. Las tales ánimas parece que han fundido todos sus cuidados en un cuidado, y todos sus negocios en un solo negocio, y todos sus deseos en un solo deseo, que es agradar á Dios. Trabajan todo lo posible por evitar todo género de pecados, aunque sean veniales. Castigan su carne con ayunos, asperezas y sanctas vigiliias. Tienen largos espacios diputados para vacar á Dios y darse á la oracion. Lo cual hacen muy á la continua, y señaladamente antes y despues de la sagrada comunión; aparejándose para ella con toda la devocion y pureza de consciencia que les es posible. Mas antes de tal manera ordenan su vida, que toda ella sea un continuo aparejo para la sagrada comunión.

Pues á las tales personas habemos de preguntar cuál sea el fructo que sus ánimas reciben con la frecuencia deste divino manjar; y responderos han primeramente que es tan grande la consolacion y alegría espiritual que con él reciben, que no tienen palabras con que poderlo explicar. Deciros han que aquí se renuevan todas las fuerzas de su ánima; que aquí se les abre el entendimiento para conocer la bondad y misericordia de su Criador; que aquí gustan, y gustando ven cuán suave es el Señor; que aquí se les aclara mas la fe, y se fortalece la

(d) Psalm. 26.

esperanza, y se enciende con nuevos ardores la caridad.

Mas tratando de los efectos deste divino sacramento por alguna orden, para que mejor los entendais, habeis de saber que dos son los principales efectos deste sacramento: el uno comun con todos los otros sacramentos de la ley de gracia, que es dar gracia al que dignamente lo recibe, de la cual gracia proceden todas las virtudes infusas, con las cuales el ánima queda fortalecida, hermoseada y habilitada para todo lo bueno. El otro efecto es propio deste sacramento, con que se diferencia de los otros: el cual llaman los teólogos refeccion espiritual, que es mantenimiento del ánima, con el cual ella se renueva, rehace y restaura para todo lo bueno. Por lo cual dice el concilio Florentino que todos los efectos que obra el manjar corporal en los cuerpos, obra este divino manjar en las ánimas. Estos efectos podemos reducir á tres que tiene el mantenimiento corporal, que son: reparar lo que se ha gastado, deleitar el gusto, y apagar la hambre, dando hartura al que comió. Apliquemos pues agora estos tres efectos á este divino manjar.

Primeramente el manjar corporal (como dijimos) restaura lo que se ha gastado de nuestra substancia. La necesidad que deste reparo hay es, porque así como la lumbrera de la lámpara está siempre gastando el aceite que tiene, así el calor natural de nuestros cuerpos está siempre consumiendo y gastando la substancia dellos. Y por eso como cebamos siempre con aceite la lámpara que siempre arde, así conviene cebar el cuerpo con su ordinario mantenimiento, para que lo que por una parte se gasta, por otra se restaure. Y con esta ordinaria refeccion no solo se rehace la substancia que se gastó, mas tambien en cierta edad (cual es la de los niños y mozos) se acrecienta; y así vienen de pequeños á hacerse grandes. Y con este mismo manjar se renuevan tambien las fuerzas de los cuerpos, cuando por falta de mantenimiento están debilitados y flacos, como se ve en los enfermos cuando comienzan á convalecer. Pues todos estos efectos obra este pan de los ángeles en las ánimas, las cuales tambien tienen necesidad de su propia restauracion. Porque dentro dellas está otro calor, no natural, sino muy perjudicial, que es el ardor de nuestros apetitos (que los santos llaman concupiscencia), heredado de nuestros primeros padres, y causado del pecado original; el cual ardor cuanto mas nos inclina al amor de las cosas de la tierra, tanto mas nos resfria en el de las cosas del cielo; y cuanto mas procura los gustos de la carne, tanto mas disminuye los del espíritu; y cuanto mas con el peso de sus aficiones carga para bajo, tanto mas nos derriba de lo alto, como dijo el Sabio (e). Con el cual tambien se junta el mundo, que está todo armado sobre vicios (f): que es la compañía y vivienda entre los hombres carnales, los cuales son fautores de nuestra carne. Pues si teniendo tantos atizadores para el mal, no tuviéremos quien nos ayude y encienda en el amor del bien, ¿en qué vendrémos á parar? Pues por esta causa la divina Providencia (que ni aun á las hormigas falta, y que tanto mayor cuidado tiene de las cosas, quanto son mas excelentes), como proveyó á los cuerpos de su propio mantenimiento, así era mayor razon que proveyese á las ánimas del suyo: lo cual hizo instituyendo este divino sacramento de su cuerpo, de quien él mismo dice (g): Mi carne verdaderamente es manjar. Manjar dice, no cierto de los cuerpos, sino de las ánimas; mediante cuya virtud se

(e) Sap. 9. (f) 1. Joan. 5. (g) Joan. 6.

repara lo que el ardor de nuestros apetitos, y la compañía deste mundo gasta: con cuyo uso crece el hombre en la perfeccion de la vida espiritual, y entodas las virtudes, y cobra nuevas fuerzas y aliento para caminar por la carrera de la virtud, hasta llegar con Elías al monte de Dios (h). Asimismo recibe con él fortaleza para resistir á las tentaciones y asechanzas de nuestro comun adversario, que como leon rabioso nos cerca, buscando á quien tragar (i). Este es pues el primer efecto deste divino manjar.

La segunda propiedad del manjar dijimos que era dar gusto y sabor al que come, y tanto mayor, quanto el manjar es mas precioso, y el paladar está mas bien dispuesto. Este gusto ordenó la divina Providencia para la conservación de nuestra vida. Porque como sea necesario el comer para vivir, púsonos este gusto y cebo en el manjar para que este nos provocase á comer, como vemos que se hace; pues hay muchos que comen mas por el gusto que hallan en la comida, que por la conservación de la vida. Pues si este gusto puso el Criador en el manjar de los cuerpos (en cuya vida va tan poco), ¿cuál será el que puso en el manjar de las ánimas, que son tanto mas excelentes que los cuerpos, cuyo manjar es este pan de los ángeles? Pues tal es y tan grande la suavidad deste divino manjar, que como dice Sancto Tomas (k), nadie lo podrá explicar; porque aquí (dice él) se gusta esta suavidad en su misma fuente, que es en Dios, infinitamente suave, y autor de toda suavidad. Y está clara la razon para quien considerare por una parte la dignidad de la ánima, y por otra la excelencia deste manjar. Porque como sea el ánima sin comparacion mas noble que el cuerpo, síguese que sus deleites han de ser tanto mas excelentes y suaves que los del cuerpo, quanto ella es mas excelente que él. Pues del manjar (que es el mismo Dios) ¿qué dirémos? ¿Cuánto será mayor la dulzura deste manjar que la de todos los otros corporales, mayormente en aquellos que (como presuponemos) tienen purgado el paladar de sus ánimas? Porque en los tales esta suavidad no solo recrea y hinche todos los senos y fuerzas del espíritu, mas tambien redundan en la misma carne con tanta suavidad, que hace decir al hombre con el Salmista (l): Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. De donde tambien nace (lo que dice Sant Buenaventura en un libro de la perfeccion, que escribió á una su hermana) que muchas veces acaesce llegar una persona destas, muy debilitada y flaca, á la sagrada comunión, y ser tan grande el alegría y consolacion que recibe con la virtud deste manjar, que se levanta de allí tan esforzada como si ninguna flaqueza tuviera. En lo cual (dice este sancto) muestra Dios que quiere ser á veces mantenimiento y esfuerzo de ambos nuestros hombres, interior y exterior.

§. III.

Efectos que la suavidad deste manjar divino causa en el alma.

Mas ¿quién podrá explicar los efectos que esta tan grande suavidad causa en el que la recibe? Porque primeramente viéndose una destas ánimas tan visitada, tan consolada de nuestro Señor, viéndose tratada con tanta benignidad y blandura como una hija regalada, luego se enciende en ella un entrañable amor de un Dios

(h) 5. Reg. 19. (i) 1. Pet. 5. (k) S. Thom. Opusc. de Sac. Alt. (l) Psalm. 85.

que tan suave, tan benigno y amoroso se le ha mostrado. Y deste amor, acompañado con esta suavidad, se siguen todos los buenos propósitos y deseos: que son las flores que suelen preceder al fruto de las buenas obras.

Porque primeramente de aquí nace el menosprecio y desgusto de todos los gustos y contentamientos del mundo, porque, como dice Sant Bernardo (m), en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne (que es todo lo terreno) pierde su sabor, y así viene el hombre espiritual á tener asco y aborrecimiento de todos los ídolos que adoraba; porque así como los hombres dejaron la bellota (que es manjar de puercos) despues que hallaron pan de trigo, así esta ánima religiosa renuncia todos los gustos sensuales cuando ha hallado los espirituales, que sin comparacion son mayores; porque aquellos son de criaturas, y estos son del Criador.

De aquí tambien nace un muy encendido deseo de agradar al Señor que tanto ama, y que tan suave y amoroso se le ha mostrado. Y porque entiende que ninguna otra cosa le agrada sino la obediencia y guarda de sus mandamientos, y ninguna cosa le desagrada sino los pecados, de aquí le nace un ardentísimo deseo de guardar esos mandamientos, y un grande y solícito cuidado de huir, no solamente todos los pecados mortales, sino tambien los veniales, y todas las ocasiones de los unos y de los otros. Por lo cual huelga con la soledad y con el silencio; porque con esto trae el corazón recogido, y excusa las ocasiones de muchos pecados.

De aquí tambien nace un inflamado deseo de padecer trabajos y contradicciones, y aun de derramar sangre por amor deste Señor. Porque como sabe que la fineza y prueba de la verdadera virtud consiste en la paciencia de los trabajos y tribulaciones, como dice el Apóstol (n), y que esto es lo que mas agrada al que por ella padesció: de aquí procede que quanto mas le desea agradar, tanto mayor deseo tiene de padecer. Y así huelga con los trabajos y enfermedades, y da gracias al Señor por ellos.

Y porque, como se escribe en los Cantares (o), el amor es fuerte como la muerte, que todas las cosas vence, deste suavísimo amor que se nos comunica por virtud deste pan celestial, se cria en nuestras ánimas una tan grande fortaleza, que la encarece Sant Crisóstomo, diciendo (p) que desta mesa salen los hombres tan esforzados como leones, que echan fuego por la boca, con que espantan los mismos demonios. Por donde el sancto mártir Cipriano (q) en tiempo de las persecuciones de la Iglesia, procuraba que los descomulgados fuesen absueltos, para que se les diese la sagrada comunión, que eran las armas que los habian de fortalecer y armar contra el furor de los tiranos: alegando que deslallecerian en la batalla los que careciesen destas armas.

El tercer efecto del manjar (como dijimos) es matar la hambre, y dar hartura. El cual efecto principalisimamente pertenece á este pan de ángeles: como experimenta este linaje de personas de que vamos hablando, las cuales con la presencia del Señor, que en este sacramento se encierra, reciben en sus ánimas una tan grande hartura y contentamiento, y una paz y quietacion de todos sus apetitos y deseos, que no les queda en esta vida mas que desear. Y no es esto de maravillar; porque como

(m) De Cant. Ezech. et de Persec. sust. cap. 12. et epist. 2. (n) Roman. 5. (o) Cant. 8. (p) Chrysost. ad Pop. Antioch. Hom. 61. ex Joan. Evang. in princ. (q) Lib. 1. Epistol. epist. 2.

Dios sea el esposo de las ánimas, y el último fin de nuestra vida, y el centro de nuestra felicidad, estando el ánima reposando en este centro, y gozando de la presencia de aquel Señor que es infinitamente amable, no tiene mas que desear. Porque con este bocado está tan llena y tan harta, que no le queda mas que desear; pues posee aquel bien universal en quien están todos los bienes. Y en este tiempo no se harta de decir aquellas palabras que Sant Francisco toda una noche repetía, diciendo: ¡Oh mi Dios, y todas las cosas! ¡Oh mi Dios, y todas las cosas!

Esta hartura nace una grande hambre dese mismo manjar que causó esta hartura. En lo cual se ve la diferencia que Sant Gregorio pone entre los deleites del cuerpo y los del ánima (r). Porque en aquellos la hartura causa hastío, y en estos por el contrario hambre: conforme á aquellas palabras de la sabiduría que dicen (s): Los que comen de mí, todavía tendrán hambre; y los que beben, mayor sed. Porque como el ánima religiosa recibe con este pasto celestial toda esta consolacion y hartura, con todo lo demas que habemos dicho, viene á tener un encendidísimo deseo deste convite tan suave, para volver á gozar de lo que allí gozó; y esle en gran manera penosa la dilacion dél.

¿Qué mas diré? Desta misma paz y hartura se sigue la mortificacion de nuestras pasiones; porque como estas nazcan, segun dice Sancto Santiago (t), de los apetitos de nuestra carne, estando estos satisfechos con este bocado, no tiene la ira ni las otras pasiones desahoradas porque perturbarse y inquietarse, pues la causa de su inquietacion es impedirse el gusto de las cosas que deseamos: lo cual aquí no ha lugar, pues el corazón está quieto y satisfecho con lo que tiene.

A todos estos efectos añado una grande admiracion y pismo que estas ánimas tienen muchas veces en la sagrada comunión. Porque cuando por una parte consideran su bajeza y vileza, y por otra la inmensidad y alteza de aquel Señor que infinitamente se levanta sobre todo lo criado, y miran cómo este Señor que hinche cielos y tierra, y que está asentado sobre los querubines, cuya silla es el cielo, y cuyo estrado real es la tierra, no tiene asco de venir á morar en una casa de paja; conciben desto una tan grande admiracion de aquella divina bondad, acompañada con un tan grande amor y alegría, que no se puede fácilmente explicar. Y aun á veces pasa tan adelante esta admiracion en las ánimas (que están ya muy purgadas), que de tal manera lleva tras sí la parte superior del ánima, que deja la inferior sin ningún sentido, como acaesca á la virgen Sancta Catalina de Sena: la cual de tal manera quedaba absorta en espíritu cuando comulgaba, que (segun se escribe en la bula de su canonizacion) herida y punzada en este raptó, no sentía mas que una piedra. Y lo mismo acaesca al bienaventurado padre Sant Francisco: de quien escribe Sant Buenaventura que las mas veces que comulgaba era arrebatado en espíritu y privado de los sentidos. En lo cual se ve cuánto mayor sea la suavidad y dulzura deste divino manjar, que la de todos los deleites del mundo; pues basta para dejar al hombre como muerto á su cuerpo por la vehemente operacion y suspension del espíritu en Dios. Pues ¿qué deleites de mundo hay que hasta aquí lleguen? Lo cual no calló aquella sancta Esposa en sus Cantares, cuando hablando con su Esposo dijo (u) que

(r) Hom. 56. in Evang. (s) Eccl. 24. (t) Jacob. 1. (u) Cant. 4.